

Farsa con brío

RAPID-HOTEL... (Las harengs terribles). Pieza en dos partes de Alexandre Breffort, traducida por Jacques Després. Elenco, Teatro Circular. Dirección, Pablo de Béjar. Música, Enrique Almada. Escenografía y vestuario, María Grompone. Coreografía, Eugenio Parma. Iluminación, Julio Maifo. Intérpretes: María Vera, Walter Reyno, Juan Alberto Maggiolo, Homero Naranjo, Pedro Seoane, René Duarte, Osvaldo Reyno, Raúl Viera, Horacio Buscaglia, Mario Morgan. Estrenada en el Teatro Circular, jueves 24.



Walter Reyno, María Vera

El espectáculo es una delicia casi constante. Toda la historia de Irma La Dulce y sus dos amantes, el joven Néstor y el viejo Oscar (ambos son la misma persona en realidad pero ella lo ignora), aparece contada por el director Pablo de Béjar en forma intermedia entre el ballet y la pantomina, el drama y el dibujo cómico. Un narrador (Bob, La Trucha, barman del Café de los Inquietos) se encarga de proporcionar el hilo narrativo, suplir los diálogos que se dan así siempre en pantomima, explicar los pasajes difíciles y comentar agudamente las situaciones. La música entra en el mismo espíritu burlesco y acerca compases del Tercer Hombre y hasta de Touchez Pas au Grisbi, inventa un apócrifo valsecito parisino o un tango afrancesado, hasta se da el lujo de un solo de peine para algún pasaje. La escenografía y los trajes, escuetos y estilizados, recrean una tierra de nadie del hampa parisina que es reminiscente (a la vez) del cabaret y Toulouse-Lautrec. De golpe, y con los más mínimos elementos, el auditorio es trasladado a un mundo irreal e imposible, cómico y nostálgico que se ha ido coagulando en su imaginación con retazos de películas (algunas francesas), canchales canciones escuchadas desde el tocadiscos y, tal vez, alguna excursión al París turístico. El espectáculo está constantemente enriquecido por la invención visual y el acierto caricaturesco de Pablo de Béjar, siempre medido y de buen gusto. Resulta también, totalmente apócrifo.

El texto original tenía más carne y sangre, sobre todo más mugre. Porque Alexandre Breffort (humorista, dibujante, ex-taximetrista) había querido documentar su vasto conocimiento de los bajos fondos parisinos con una historia que además de ser ingeniosa (el *cafisho* que se disfraza para convertirse en rival de sí mismo) está recargada de crapulonería. La solución que da Breffort a la pieza original es mucho más sórdida. El galán, para impedir que la dulce Irma trabaje se larga él mismo a la calle, consolando viejitas a precio fijo. Con muy buen tino, el traductor Jacques Després y el director Pablo de Béjar comprendieron que la crapulonería del original no sería tolerada en el ambiente menos sofisticado de Montevideo e inventaron una solución tan irreal como el estilo entero de esta versión.

El mismo Breffort había cambiado la obra teatral (que es de 1950) cuando fue llevada a escena como comedia musical, con la colaboración de Marguerite Monnot y bajo el título de *Irma La Dulce* (1956). En vez de forzar a Néstor a hacer la calle, Breffort-Monnot descubrieron que podía ser condenado a la Guayana por la muerte de Oscar, que luego conseguía evadirse y regresar a París a tiempo para asistir al nacimiento de los mellizos que Irma había tenido de él (o de Oscar). Pero la solución de Després-Béjar es más simple e inocente: explotar a los turistas norteamericanos con el folklore parisino de bajos fondos. No es muy original porque es lo que se hace todos los días en la Ciudad Luz. Pero evita otras sordideces mayores.

El espectáculo entero debe

ser entendido como la proyección animada de ese pícaro París que todos ambicionamos conocer desde que nos empieza a crecer la barba. Es un París lleno de prostitutas de corazón de oro, de duros que se enamoran perdidamente, de casa de citas en que realmente se hace el amor. Como expresión de ese sueño más o menos confeso, el espectáculo del Teatro Circular funciona a la perfección. Tiene defectos, es cierto. Pero son menores. Los más notorios (una cierta lentitud del ritmo en las escenas más dramáticas, la total

inadecuación de la voz de Juan Alberto Maggiolo para el delicado compromiso de Narrador) pueden ser subsanables con la práctica.

En el balance, se impone un aplauso sostenido para el director, principal responsable de la minuciosa coordinación de los distintos técnicos y artesanos, mano firme que guía el dispar elenco, imaginación fina y sólido buen gusto para escamotear la parte más escuálida del tema. También se impone aplaudir a sus colaboradores, sobre todo a Jacques Després en la traducción, Enrique Almada en la música, Marta Grompone en la escenografía y el vestuario, Eugenio Parma en la coreografía. El público mismo se encargará de seguir aplaudiendo a un elenco en que Walter Reyno pelea denodadamente con el doble papel (le sienta más la barba a lo Horacio Quiroga de Oscar que la cara lampiña de Néstor) y en que se luce sobre todo María Vera, la única mujer de un reparto forzosamente masculino. La muchacha aprovecha al máximo una oportunidad que le exige moverse con gracia insinuante, decir su escaso diálogo en el exacto tono de muñeca, bailar en forma provocativa, y todo a un ritmo de dibujo animado. Lo hace con toda pericia y sin perder un momento la expresión de imbatible inocencia. Es una pequeña hazaña.

E. R. M. gel